

Manual: Oración que mueve montañas

“Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis.” (Mateo 21:22).

Un camino sencillo y práctico, a través de la Biblia, para conocer
la oración eficaz que toca el corazón de Dios.

Fernando Alexis Jiménez

© 2007

INDICE

[00 Introducción](#)

[01 La oración, ¿por qué es importante?](#)

[02 La oración, indispensable en nuestras acciones](#)

[03 La Oración, clave para un avivamiento](#)

[04 Dios sí responde a las oraciones](#)

[05 ¿Se ha preguntado qué es la oración?](#)

[06 De las palabras a la acción](#)

[07 ¿A quién escucha Dios?](#)

[08 Los elementos de la oración](#)

[09 La fe, el centro de la oración](#)

[10 Afectando el mundo material desde lo espiritual](#)

[11 Orando en la voluntad del Señor](#)

[12 Las oraciones enfrentan oposición](#)

[13 Cooperando con Dios mediante la oración](#)

[14 Consistencia y persistencia claves de la oración](#)

[15 Batallamos en oración contra Satanás](#)

[16 Resistiendo al diablo en Oración](#)

[17 Conclusión: Cuide su vida de oración](#)

Introducción

Haciendo posible lo imposible

Con frecuencia nos escriben desde distintos países para preguntarnos: ¿Cuándo publican algo en torno al tema de la oración? Comprendemos que se trata de un asunto sumamente prioritario para pastores, obreros, líderes y cristianos comprometidos porque orar es mantener íntima comunicación con nuestro amado Dios y Padre.

Al hablar de oración nos referimos a una relación de emisor a receptor en la cual el emisor somos usted y yo, y el receptor en nuestro Supremo Hacedor. Igual, hay momentos en los cuales la relación se invierte y son aquellos en los que Dios nos habla al corazón.

Cuando oramos, tocamos las fibras más sensibles del corazón del amado Señor. Hace siglos Él dio una solución a Su pueblo en momentos en los que, fruto del pecado y el distanciamiento del camino, enfrentaran sequía, enfermedad y pérdidas de sus cosechas.

Él dijo: **“Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra” (2 Crónicas 7:13, 14).**

Es sorprendente esta declaración bíblica porque nos presenta la forma como la dimensión material, en la cual nos movemos, puede verse afectada positiva o negativamente a través de la oración. ¿Comprende la grandeza de lo que plantea este pasaje Escritural?

Una fuerza poderosa

Durante el decurso de los capítulos que siguen, descubriremos o recordaremos—según sea el caso—que la oración se convierte en una fuerza poderosa que derriba muros cuando pasamos tiempo en el secreto de Dios.

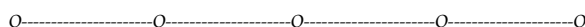
¿Qué significa esto? Que la oración libera poder de Dios. El secreto estriba en pasar tiempo en la presencia de Aquél que todo lo puede, con una actitud sincera, sin frases rimbombantes sino las que salen de lo más profundo de nuestro ser, como alguien que habla con Su mejor amigo, Padre y Dios.

Aunque ya en las páginas del Antiguo Testamento vemos a los grandes héroes orando, fue el Señor Jesús—como lo apreciamos en el Nuevo Testamento—quien le enseñó a sus seguidores—primero los discípulos y a nosotros hoy—la importancia de orar.

Clamar al Señor, como escribió el autor sagrado de la antigüedad, debe ser una de nuestras prioridades diarias: **“Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de tí, mi carne te anhela. En tierra seca y árida donde no hay aguas, para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario” (Salmo 63: 1, 2).**

Tenga presente siempre que la oración es uno de los principios dinámicos, poderosos y eficaces para alcanzar el crecimiento personal y espiritual que usted tanto anhela.

Esperamos que desde ahora nos siga acompañando en este apasionante recorrido por las Santas Escrituras para corroborar qué es, qué significa y cómo debemos practicar en nuestro diario vivir la oración.



Lección Primera

La oración, ¿por qué es importante?

Con frecuencia nos preguntamos qué relación tiene con nosotros la oración. ¿Acaso es importante? ¿De dónde podemos deducirlo? ¿Qué modelo tenemos de oración? ¿Qué produce la oración?

Y es en las propias Escrituras, a las que consideramos nuestra guía para todo cuanto hacemos, en donde encontramos la respuesta.

El amado Maestro es de quien tomamos, en primera instancia, la enseñanza sobre la importancia de orar.

Leemos en la Biblia que **“Muy temprano de mañana, aún oscuro, Jesús se levantó, fue a un lugar solitario, y se puso a orar. Simón y sus compañeros lo buscaron, u al encontrarlo, le dijeron: “Todos te buscan” (Marcos 1:35, 56).**

Imagine la sorpresa que debieron llevarse. Ellos que permanecían a su lado en todo momento, durmieron otro tanto mientras el Maestro—en una clara enseñanza que jamás pudieron olvidar—fue a un lugar solitario en busca de la presencia del Padre. Enseñanza que debemos asumir también en nuestro tiempo, porque reviste singular importancia y nos ayudará en nuestro proceso de crecimiento espiritual y personal.

El Señor mismo a través de Jeremías nos transmitió su deseo, en el cual sin duda encontramos respuesta a todas nuestras inquietudes, necesidades e incluso, voces de gratitud: **“Clama a mí, y te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no sabes” (Jeremías 33:3).**

El clamor encierra poder, no de parte nuestra sino el que se desprende a favor nuestro de parte de Aquél que todo lo puede: Dios. Él promete además. **“Entonces me invocaréis, vendréis, oraréis a mí, y yo os escucharé” (Jeremías 29:12).**

La oración tiene respuesta

Generalmente cuando nos hacen consultas sobre qué hacer en tal o cual caso, siempre respondemos que lo primordial es orar porque a través de la oración se mueven montañas.

Esta afirmación tiene asidero en una declaración del Señor Jesús que encontramos en el Evangelio: **“Por eso os digo: Pedid, y os darán. Buscad y hallaréis. Llamad, y os abrirán. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llaman, le abren” (Lucas 11:9, 10).**

Por su parte el apóstol Pablo escribió: **“Orad sin cesar” (1 Tes. 5:17)**, de lo que deducimos:

- 1.- Dios nos invita a orar y clamar a Él.
- 2.- El Señor Jesús nos dio ejemplo de que pasaba tiempo en lo secreto con el Padre.
- 3.- Dios responde a nuestras oraciones.
- 4.- La oración debe ser permanente.

La oración es fundamental en tu condición de cristiano. No puede desligarse de tus actividades cotidianas. Está bien leer las Escrituras, tener prácticas propias de la fe que profesas, pero es indispensable que mantengas una íntima relación con Dios a través del principio constante de orar.

¿A quién honramos al orar?

El Señor Jesús enseñó algo que no podemos olvidar en ningún momento. Se encuentra en el Evangelio de Juan: “... **yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, esto haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo**” (Juan 14:13).

Observa detenidamente algo: cada vez que vamos a Dios en clamor, debemos invocar nuestra petición en el nombre del Hijo; de esta manera, el Padre es honrado en el Hijo. ¿Tiene significación, no?

Esto te llevará a comprender que el curso de nuestro clamor quizá debe cambiar porque antes hemos pedido sólo para satisfacer nuestras necesidades primarias y no hemos tenido en cuenta al Hijo. En adelante lo harás porque es una de las primeras cosas que aprendes en este Manual de Oración.

o-----o-----o-----o-----o

Lección Segunda La oración, indispensable en nuestras acciones

El Señor Jesús nos dio una gran lección; la necesidad de someter en manos de Dios cualquier decisión que debamos tomar, en todo instante de nuestra vida.

En las Escrituras leemos que: “**En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles...**” (Lucas 6:12, 13).

Encontramos varios aspectos que es importante tener en cuenta:

1.- Jesús buscaba un lugar apartado, secreto, para orar.

Es importante que tengamos un sitio de comunión con el Padre celestial, tal como lo aprendimos del Hijo.

Un espacio en el que podamos hablar con Él, contarle nuestras expectativas, inquietudes e incluso, perspectiva acerca de cómo vemos todo aquello que nos rodea.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que pasó un momento a solas, en quietud, delante del Señor? Revise su vida cuidadosamente y descubra si quizá allí hay falencias.

2.- Jesús pasaba un tiempo significativo en oración.

No era cuestión de unos cuantos minutos el tiempo que pasaba el Señor Jesús con el Padre celestial en oración. Eran horas enteras.

¿Es fácil replicar esa práctica del amado Maestro? En un comienzo, sin duda que no. A pasar mucho tiempo en oración aprendemos pasando inicialmente poco tiempo. Es un hábito extraordinario de poder que se adquiere con el paso de los días, los meses, los años...

3.- Es imprescindible la oración en la toma de decisiones

¿Cuántas decisiones erróneas has tomado? Sin duda muchas. A todos nos ha ocurrido. Hemos obrado movidos por el corazón más que por la razón y el sentido común.

El Hijo de Dios pasó toda la noche en oración en procura de ser guiado por Dios en el momento trascendental de escoger a los discípulos, es decir, aquellos que le acompañarían muy de cerca, de hecho los llamó también apóstoles.

Tras Jesús marchaban muchas personas, pero Él decidió con quienes estaría y en esa determinación, fue al Padre en oración.

Seguramente si usted y yo asumimos una posición igual, nuestras decisiones serán sabias y acertadas.

Una conexión vital

Es importante recordar siempre que la oración es una conexión vital con nuestro poderoso Dios. Nos fortalece, afianza en poder espiritual y nos acerca al Señor de señores.

El amado Jesucristo dijo: **“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.” (Juan 15:17).**

Ya lo hemos visto pero es importante analizar de nuevo el tema. Para recibir lo que pedimos en oración, es fundamental la permanencia en el Ungido.

Es la respuesta al por qué muchas personas claman y claman y nada ocurre. Se debe en esencia a que viven la vida cristiana a su propio amaño, no conforme a las Escrituras, dependiendo de Él en todo momento.

Dice Jesús que si permanecemos en Él y pedimos al Padre, no habrá límites en aquello que podremos alcanzar de lo alto. ¿Ha pensado en eso? Hoy es el día de que medite en los puntos que hemos aprendido y considere la importancia de sumar oración a su vida devocional diaria.

o-----o-----o-----o-----o-----o

Lección Tercera

La Oración, clave para un avivamiento

¿Desea Dios ver un pueblo estático o avivado? Sin duda alguna lo que Dios espera es un pueblo avivado. El autor sagrado lo dejó claro cuando escribió su oración al Altísimo: **“Oh Jehová, he oído tu palabra, y temí. Oh Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos, En medio de los tiempos hazla conocer; En la ira acuérdate de la misericordia” (Habacuc 3:2).**

Descubrimos en las Escrituras que el mover de Dios es dinámico. Él espera que estemos permanentemente avivados, que haya fuego en nuestro ser, tocados por el poder del Espíritu Santo que no nos deja seguir inactivos sino que nos anima a seguir adelante y crecer.

Un ejemplo de los primeros cristianos

Cuando vamos a las Escrituras para descubrir cuál era el estilo de vida de los primeros cristianos, descubrimos que ellos experimentaban avivamiento por medio de la oración.

La Palabra dice al respecto que: **“Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos.” (Hechos 1:14).**

Observe que eran creyentes que estaban invadidos por el fuego de la presencia de Dios y clamaban al Señor porque deseaban sentirlo en lo más íntimo de su ser.

¿Cómo comienza el avivamiento?

Si usted se está preguntando, ¿cómo comienza un avivamiento? Es menester responderle que con una actitud de humillación delante de Dios.

El texto clave lo encontramos en el Antiguo Testamento: *"...si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra."* (2 Crónicas 7:14).

La Palabra nos enseña que si hay una disposición de rendición al Señor, por parte nuestra, y lo hacemos en oración, Él escuchará. Debe mediar también un cambio de actitud y comportamiento, dejando de lado aquello que ofende al Creador; como consecuencia Él escuchará la oración y producirá una transformación en la tierra desde la cual se está produciendo el clamor.

En el libro de Daniel capítulo 9 y en Hechos 2 podemos leer acerca de avivamientos que se produjeron y que generaron gran impacto en el momento histórico en que tuvieron lugar.

Fueron avivamientos que comenzaron en oración y en los cuales se vio involucrado un mover sin precedentes del Espíritu Santo.

¿Quiénes los condujeron? Hombre y mujeres llenos del Espíritu Santo, que querían mucho más acerca de Dios. Manifestaban una dependencia absoluta de Dios y perseveraban a pesar de la oposición.

¿Es posible un avivamiento?

En nuestros tiempos es posible un avivamiento. Quizá usted lo desea para su congregación o para su propia vida. Comience ahora. El proceso inicia en oración, tal como lo leemos en la Palabra: *"Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces."* (Jeremías 33:3).

No cese de clamar porque el avivamiento, que no es otra cosa que un mover del Espíritu Santo, las almas se despiertan, se avivan, se salvan, arden en el fuego del Espíritu Santo.

No olvide que Dios escucha la oración, la responde y libra y protege por medio del clamor nuestro. Además, se derriban los muros y se rompen las cadenas.

¿Qué impide el avivamiento?

En primera instancia un avivamiento no se producirá si no hay oración de por medio. Pero además, impiden el que se experimente ese glorioso estado, situaciones como el temor, el conformismo, la incredulidad y la dureza de corazón.

Si son erradicadas tales actitudes de nuestra vida y de las de aquellos que están clamando, es evidente se el avivamiento se producirá para traer transformación allí donde usted se desenvuelve.

o-----o-----o-----o-----o

Lección Cuarta

Dios sí responde a las oraciones

La oración libera poder de Dios. ¿La razón? Cuando oramos a Dios:

- 1.- Demostramos confianza en Su amor.
- 2.- Demostramos confianza en Su misericordia.
- 3.- Demostramos confianza en Su poder.

Uno de los textos que pone de manifiesto estos tres elementos, lo hallamos en el siguiente pasaje: ***“Dios, Dios mío eres tú; De madrugada te buscaré; Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, En tierra seca y árida donde no hay aguas, Para ver tu poder y tu gloria, Así como te he mirado en el santuario.” (Salmo 63:1, 2).***

El autor sagrado reconoce la grandeza y soberanía de Dios y a renglón seguido pone de manifiesto una decisión personal de buscar al Señor en oración desde las primeras horas del día. Lo hacía bajo el convencimiento de que cuando se clama delante de Aquél que todo lo puede, se producen respuestas.

Pero hay algo más, como nos puede ocurrir con frecuencia o no, el salmista admite en su vida la existencia de períodos de dificultad en los cuales, antes que recurrir al mundo, debemos dirigirnos a Dios.

En momentos así, no debemos dejarnos embargar por la desesperación sino dirigirnos a Aquél que puede librarnos de las consecuencias que desencadenan los problemas.

Observe cuidadosamente que el autor reconoce que si clama verá *“tu poder y tu gloria”* refiriéndose a la respuesta de Dios.

Vidas transformadas

Hay personas que han sido transformadas y experimentan un proceso de crecimiento interno y externo, fruto de la oración. Es así porque cuando doblamos rodilla en oración, es al Padre—al Creador del Universo—a quien nos dirigimos y Él se manifiesta en respuesta a nuestras peticiones.

Él es como el alfarero que nos va modelando conforme a Su voluntad. De ahí que la oración tenga también otras consecuencias y es que nos abrimos para que Dios trate con nuestra existencia, a través de nuestros tiempos de oración.

¿Qué se requiere para que Dios responda las oraciones?

Seguramente usted se está preguntando, “¿Qué se requiere para que Dios responda las oraciones?”. La respuesta la encontramos en varios textos de las Escrituras:

1.- Creer en la existencia de Dios

Las Escrituras anotan que es de suma importancia tener un firme convencimiento sobre la existencia y poder del Supremo Hacedor: ***“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.” (Hebreos 11:6).***

Hay quienes pretenden que nuestro amado Padre responda a las oraciones pero su fe es superficial. En tales circunstancias no podemos esperar respuestas. Creer en Dios es esencial y la respuesta llegará.

2.- Creer en aquello por lo que clamamos

La definición universalmente conocida acerca de la fe, es la siguiente:

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.” (Hebreos 11:1).

Observe que un segundo principio sencillo es la “convicción”. ¿Convicción de qué? De que ocurrirá aquello por lo que estamos clamando. Es caminar con la tranquilidad de que aquello que necesitamos, será atendido en el tiempo oportuno de Dios.

3.- Creer que no quedaremos avergonzados

Un tercer elemento que debemos tener en cuenta en procura de que las oraciones sean respondidas, es el convencimiento de que si clamamos al Señor, no quedaremos avergonzados: ***“Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado.” (Romanos 10:11).***

Observe que al creer, recibiremos aquello que hayamos pedido: ***“Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis.” (Mateo 21:22).***

El Dios de poder y de gloria en el que hemos creído, espera que depositemos toda nuestra confianza en Él. Y esa confianza la expresamos cuando oramos.

o-----o-----o-----o-----o-----o

Lección Quinta ¿Se ha preguntado qué es la oración?

Respecto a la oración se han escrito muchos libros y se han tratado de aplicar muchas definiciones. No obstante la más sencilla y práctica es que *“La oración es hablar con Dios”*.

Somos hijos de Aquél que creó el universo, por esa razón debemos mantener una íntima relación con Él, para lo cual acudimos a un pasaje sumamente interesante escrito por el apóstol Juan: ***“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él.” (1 Juan 3:1).***

Se trata de un texto que no podemos pasar desapercibido. Por el contrario, tenerlo muy en cuenta ya que menciona que es por su amor que nos llama sus hijos, y nos redimió. Lo mínimo que podemos hacer es tratarle como al Padre que es.

Él nos trata con ternura. Está atento a nuestros anhelos, necesidades, expectativas e incluso sufrimientos. Y también desea que vayamos a Él con todo lo que nos acontezca. Siempre estará atento a nuestro llamado.

Por esa razón, lo más apropiado es mantener un diálogo constante con Él mediante la oración. Tenga siempre presente que orar es hablar con Dios.

Cuando lo hacemos, podemos atender lo que Él quiere decirnos y que muchas veces no es audible como tal, pero lo percibimos en el corazón. Al respecto el rey Salomón escribió: ***“Muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz; Porque dulce es la voz tuya, y hermoso tu aspecto.” (Cantares 2:14 b).***

Cuando oramos, tenemos un encuentro vivencial con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Cada vez que vaya a Él en oración, sepa que está manteniendo una conversación en la cual usted está en la presencia misma del Supremo Hacedor. Responde a nuestra necesidad de relacionarnos.

Una vida de oración

Nuestra vida debe ser en esencia una vida de oración tal como lo recomienda el apóstol Pablo: **“Orad sin cesar” (1 Tesalonicenses 5:17)**.

Tome nota de que, en consonancia con el texto, el orar debe ser:

- a.- Una actividad constante.
- b.- Una actividad perseverante.

Sobre esta base, es importante que dentro de las actividades diarias dediquemos tiempo para dialogar con nuestro amado Señor. Lo ideal es que no sea un lapso corto sino cada vez mayor, con el ánimo de que nuestro diálogo sea más profundo.

Si se pregunta qué hizo fuertes a los hombres grandemente utilizados por Dios a través de la historia, la respuesta es sencilla: su consagración a la oración.

Un ejemplo sencillo lo encontramos en la iglesia primitiva. La componían hombres y mujeres perseverantes en el clamor. Como diría alguien: *“No descuidaron la gracia y privilegio de orar continua y gozosamente”*. Ante la inmensa obra por hacer, el propio Señor Jesucristo les instó a clamar: **“Rogad pues al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies” (Mateo 9:37, 38)**.

Él también enseñó que al orar, se debe ser perseverante, sin dejar de clamar (Lucas 18:1).

Esta semana tiene un reto: ser perseverante al orar, Recuerde siempre lo que dice el texto del apóstol Pablo en 1 Tesalonicenses 5:17.

o-----o-----o-----o-----o-----o

Lección Sexta De las palabras a la acción

Cuando oramos, entramos directamente en la presencia de Dios. Es uno de los grandes privilegios de los que participamos los cristianos. Sin pedir audiencia, el Creador del Universo nos atiende: escucha nuestro clamor y nos responde.

Es una relación que se establece conforme vamos adentrándonos en Él. No es algo que se constituye de buenas a primeras sino con el paso de los días. Permítame decirlo: es un proceso.

No conozco la primera persona que pase tiempo en oración, que me pueda asegurar que lo hizo en un abrir un cerrar de ojos. Absolutamente no. Fue el producto de un enamoramiento del Supremo Hacedor.

Quienes obtienen resultados son aquellos que han perseverado delante del Padre en oración. Lo hacen antes que depositar su confianza en el hombre.

La oración es acción

Perseverar es una palabra clave. En la Biblia leemos que **“refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar” (Lucas 18:1)**. El amado Maestro dejó sentado el hecho de que es necesario persistir. Las oraciones llegan como incienso de olor fragante delante del Señor (Apocalipsis 5:8).

No obstante, también resulta clave pasar de las palabras a los hechos. Es evidente cuando encontramos al Señor Jesús en la escena cuando sana a un ciego. Él le dijo **“Ve y lávate” (Juan 9:7)**.

El invidente bien pudo pensarlo con detenimiento: *“¿Acaso ser untado de lodo me sanará?”*. Sin embargo pasó de las palabras a los hechos, cuando fue hasta el estanque.

Es necesario que al clamar al Señor, lo hagamos con el convencimiento de que ocurrirá aquello que estamos pidiendo (Hebreos 11:1). Sobre esa base, no dudar en lo más mínimo el actuar, creyendo, sin que el escepticismo de quienes nos rodean, llegue a afectarnos.

Si usted y yo estamos moviéndonos en la línea de pasar de las palabras a los hechos, ponemos en práctica aquella recomendación del apóstol Pablo cuando dice: **“Orad sin cesar” (1 Tesalonicenses 5:17)**.

Impedimento para ver la respuesta de Dios

Con frecuencia recibo comunicaciones de todos los países en las que me preguntan por qué no encuentran eco sus oraciones. Siempre debo referirles que Dios tiene su propio tiempo para responder.

Sumo a esto el hecho de que a las personas las embarga la duda, que es uno de los peligrosos enemigos que enfrenta todo creyente. La duda nos lleva a pensar que aquello por lo que estamos clamando, no tendrá respuesta del Creador.

Por el contrario, cuando imprimimos acción a la fe, es como si el Señor Jesús nos tomara de su mano y nos acompañara paso a paso en el sendero de los milagros.

Pasar de las palabras a los hechos implica:

- 1.- Prontitud en venir a Dios en procura de aquello que estamos pidiendo.
- 2.- Reconocer que en nuestras fuerzas no podemos lograr un milagro.
- 3.- Desarrollar los ojos de la fe y declarar las cosas que no son como si fueran (Romanos 4:17).
- 4.- Certeza de que Dios responderá a nuestras oraciones, tal como lo leemos en la Palabra de Dios (Marcos 7:27).

Por supuesto, siempre encontrará a su alrededor a quienes le digan que ya no habrá respuesta a la petición que eleva en oración. Es el tipo de personas que siempre están prestas a salir al paso para desanimarlos.

Pese a ello, usted está llamado a seguir adelante, viendo con los ojos de la fe y llamando lo que no es, como si fuera. Eso es pasar de las palabras a la acción.

¡Tenga la convicción de que Dios responderá!

Lección Séptima

¿A quién escucha Dios?

Con frecuencia recibo preguntas desde diferentes países de personas que me preguntan: ¿A quién escucha Dios? Dado que coincide con el tiempo en el que estamos preparando el Manual de Oración, considero oportuno el asunto, haciendo notar que son escuchados:

1.- A aquellos que han nacido espiritualmente de nuevo

Un paso elemental es haber recibido al Señor Jesucristo como único y suficiente Salvador. Sobre el particular la Biblia dice: **“...más a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hijos de Dios” (Juan 1:12).**

Los que son nacidos de nuevo pueden tener la certeza de que sus oraciones serán escuchadas. Ahora bien, eso no significa que los que no han nacido de nuevo serán desatendidos. Dios es misericordioso y puede oírlos.

Las respuestas del Creador a los clamores de sus hijos se producen conforme a Su voluntad. No hace nada que no nos convenga o que vaya a traer confusión.

Ahora bien, es necesario recabar en el hecho de que el Señor está presto a atender las oraciones de sus hijos, y además, que comunicarnos con Él nos resulta fácil, sin que medie ningún inconveniente para que lo hagamos.

2.- A aquellos que tienen fe

Alrededor del tema de la oración es necesario que observemos que la fe es su centro principal. Determina que nos aprestamos a ver materializado, en milagros, aquello que se considera humanamente imposible.

La falta de fe puede convertirse en piedra de tropiezo, la cual aprovecha Satanás para minar nuestra vida espiritual.

Por esa razón y conforme lo dice la Biblia, cuando oremos, debemos estar asistidos por la convicción de que—aquello por lo que clamamos—, ocurrirá. **“Y todo lo que pidieris en oración creyendo, lo recibiréis” (Mateo 21:22).**

Un poco más adelante leemos en las Escrituras lo siguiente: **“Sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6).**

Es común encontrar personas que perdieron la oportunidad de beneficiarse con un milagro, simplemente porque anidaron interrogantes en su corazón respecto a si ocurriría un hecho prodigioso en sus existencias. El capítulo 11 del libro de Hebreos, versículo 7, dice que quien duda, no recibirá nada.

3.- A aquellos que confiesan sus pecados

Cuando vamos al Padre en oración, es importante que lo hagamos limpios de toda trasgresión. Si hay en nosotros algo que—sabemos—no agrada ni glorifica al Señor, debemos decirselo.

Al respecto la Biblia dice: **“Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestras pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).**

Sobre esta base entendemos que, cuando reconocemos que hemos pecado, Él nos perdona.

4.- A aquellos que esperan a Dios

Recordemos que el Señor tiene su propio tiempo para actuar y por esa razón, quien se acerca a Dios en oración, debe esperar en Él en procura de que haga su voluntad. Él nos responde como conviene (Salmo 37:7).

5.- A aquellos que alaban al Señor

Cuando vamos al Señor en oración, es importante que reconozcamos Su grande y el poder ilimitado que le asiste para concretar en hechos concretos, aquello por lo que estamos clamando.

En las Escrituras leemos: **“Alaben la misericordia de Jehová y sus maravillas para con los hijos de los hombres” (Salmo 107:8)**. También leemos que al orar, admitimos la grandeza del Supremo hacedor: **“El que sacrifica alabanza me honrará” (Salmo 50:23)**.

Con nuestras palabras, manifestamos dependencia absoluta en todo cuanto Él hace.

¡Usted puede ser escuchado por Aquél que todo lo puede! Hágalo ahora. Hoy es el día...

o-----o-----o-----o-----o

Lección Octava Los elementos de la oración

Cuando hablamos de la oración nos referimos al conjunto de expresiones con las cuales nos dirigimos a nuestro amado Dios y Padre. Es lo que nace de lo más profundo de nuestro corazón.

Erramos cuando pretendemos creer que la oración es como una fórmula mágica en la que bastan unos cuantos ingredientes para completar la pócima. En absoluto. Ahora bien, con el propósito de facilitar la comprensión del proceso de estar en la presencia de Dios, describiremos a continuación los elementos que rodean la oración:

1.- Alabar a Dios

Al entrar en la presencia de Dios, nos ponemos en contacto con Aquél que creó el vasto universo. Por esa razón merece ser exaltado, como escribe el salmista: **“Alaben la misericordia de Jehová y sus maravillas para con los hijos de los hombres” (Salmo 107:8)**.

Lo alabamos porque merece ser reconocido por sus hechos en los cielos y la tierra. Él siempre ha estado presto a responder nuestras oraciones. Alabarlo, al comenzar el diálogo con Él, es lo único que podemos hacer.

Cuando le alabamos, manifestamos nuestro agradecimiento por todos los beneficios, pasados y presentes. Hacerlo, honra al Supremo Hacedor: **“El que sacrifica alabanza me honrará” (Salmo 50:23)**.

2.- Adorar a Dios

¿A qué nos referimos con la adoración? Al acto de tributar honor a nuestro amado Dios. Es reverenciarlo con sumo honor y respeto, tributarle el culto debido.

El apóstol Pablo lo describió así: **“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos de los siglos” (Romanos 11:36)**.

Al adorarlo, fijamos solo en Él nuestra mirada, dejando a un lado la preocupación humana de pensar en nosotros únicamente.

3.- Intercesión ante Dios

Al hacer alusión a la intercesión, estamos refiriéndonos al acto por el cual nos ponemos en la brecha a favor de alguien. Suplicar es pedir a Dios los deseos de nuestro corazón. La Palabra nos indica que el Espíritu Santo es quien nos ayuda, intercediendo por nosotros (Romanos 8:26).

4.- Acción de gracias

Dentro de la oración, la acción de gracias es el momento en que le expresamos gratitud a Dios, incluso por los milagros o respuestas que esperamos pero que de antemano, tenemos la certeza de que ocurrirán como respuesta a nuestro clamor.

El apóstol Pablo escribió: **“Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios, en toda oración y ruego con acción de gracias” (Colosenses 2:7; 4:24 y Filipenses 4:6).**

El propio Señor Jesús era grato para con el Padre. En el momento de resucitar a Lázaro, oró así: **“Padre, gracias te doy por haberme oído” (Juan 11:41).**

A Dios debemos darle gracias por todas sus bendiciones. El momento más apropiado para hacerlo, es cuando estamos orando.

o-----o-----o-----o-----o-----o

Lección Novena

La fe, el centro de la oración

La oración tiene un elemento fundamental: la fe. Constituye su eje principal. Es la llave que nos abre las puertas del trono de gracia, al cual vamos en procura de que ocurran milagros y hechos que rompen con todo esquema de la lógica, tanto para nosotros como para otras personas.

Este factor determinante es el que nos anima a seguir adelante cuando las circunstancias son adversas y todo apunta pensar que nada extraordinario sucederá. La fe es la que nos concede la victoria. En las Escrituras leemos que **“Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.” (Hebreos 11:6).**

Como usted puede leerlo en el pasaje Escritural, creer si permitir ningún asomo de duda, es lo que espera el Padre de nosotros. Porque si fluctuamos, estaremos tendiendo un manto de incredulidad sobre aquello que profesamos: que hay un Dios y Padre cuyo poder es ilimitado.

Una fe probada

Cuando oramos, es decir, cuando hablamos con Dios, lo hacemos bajo certeza. No vemos al Señor ni lo palpamos pero estamos seguros de que nos está oyendo. En cierta medida es una manera como nuestra fe es probada. Recuerde que la Biblia dice que fe es la convicción de lo que no se ve.

El amado Señor Jesucristo enseñó que era a través de Él como se llegaba al Padre (Juan 14:6). Por ese motivo iniciamos nuestras oraciones en Su nombre.

También hay algo clave y es que si no sabemos cómo hacerlo, el Espíritu Santo que mora en nosotros nos ayuda a interceder (Romanos 6: 26, 27).

¿Y si no tengo fe?

Esta pregunta la he escuchado en sinnúmero de ocasiones. La formulan quienes, de manera sincera, reconocen que cuando claman no lo hacen bajo un pleno convencimiento de que Dios responderá.

A este interrogante es necesario responder con la Biblia cuando nos dice que Jesús es el autor y consumidor de la fe. No somos nosotros sino el amado Hijo de Dios quien nos concede esa capacidad para creer (Hebreos 12:2).

También aprendemos por las Escrituras, que la lectura del libro sagrado estimula nuestra fe (Romanos 10:17).

Es imperativo que pidamos

El apóstol Juan transmitió a los creyentes del primer siglo y también a nosotros, una importante enseñanza. Él escribió: ***“Esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquier cosa que pidamos, Sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho” (1 Juan 5:14-15. Lea también Salmo 37:3, 4; Salmo 24:4,5).***

Observe con cuidado que no hay limitaciones para lo que pidamos. Lo que sí está claro es que debe estar en consonancia con la voluntad de Dios. Cuando estamos en el sendero de lo que Él quiere, nos oye y la respuesta se produce. El eje principal sigue siendo la oración acompañada de fe.

Acompaño esta afirmación de otro versículo que hallamos en 1 Juan 3:21, 22. Juan escribió: ***“Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquier cosa que pidamos la recibiremos de Él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él.”***

Sobre esta base, estar en la voluntad de Dios pero asimismo, cumplir con Sus mandamientos, nos aseguran respuestas definitivas a nuestro clamor.

Es importante que haga un alto en el camino con el propósito de que evalúe su vida y se pregunte si en el momento de orar, le asiste la fe, que es esencial.

Si descubre que no es así, pídale al Señor Jesús que le conceda ese don precioso que es creer. ¡Su vida de oración será diferente y experimentará una transformación total en su vida devocional! Lo animo para que lo haga ahora mismo...

o-----o-----o-----o-----o

Lección Décima Afectando el mundo material desde lo espiritual

Las primeras palabras que compartió Rosa María, eran que estaba presa de la desesperación. ***“No sé qué hacer. Mi vida se ha vuelto un caos. No hay salida para mis problemas”***, dijo.

Su rostro evidenciaba el drama por el que se encontraba atravesando. Todo cuanto apreciaba alrededor lucía para ella desalentador. No le encontraba sentido a la vida. Cada día era un verdadero martirio.

Fuimos a la Biblia y le recordé un pasaje del apóstol Pablo que es altamente alentador, la llave para salir de las depresiones: **“Por nada estéis afanados, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Fili. 4:6).**

Aunque el problema de esta hermana en la fe es eminentemente emocional, cuando oramos desde la dimensión espiritual se afecta el área material.

Un misterio apasionante

Es un verdadero y apasionante misterio. Comienza con ir a Dios en clamor. Es el primer paso. El Señor Jesús hizo, al respecto, la siguiente invitación: **“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Mateo 7:7).**

El amado Maestro dejó sentado el hecho de que orar abre puertas. Sus palabras ponen de manifiesto que, mediante la oración, tenemos acceso al Padre. No necesitamos pedir cita como ocurriría en la tierra para dialogar con la máxima autoridad de una ciudad o de un país. Aún así, correríamos el peligro de que no nos atendiera.

Igualmente nos enseñó que si deseamos o necesitamos algo, debemos pedirlo (Compare Santiago 4:26). Nuestro Supremo Hacedor espera que lo hagamos, aunque de antemano Él conoce cuál es nuestra necesidad.

Por último aprendemos en la enseñanza de Jesús que no hay límites.

Viene a mi mente una experiencia ocurrida en Perú cuando me encontraba –junto con otros evangelistas—predicando en campañas en espacios abiertos. Estaba clamando a Dios por condiciones propicias para cubrir la distancia entre Trujillo, al norte del país, y la capital: Lima. ¡Dios respondió!

Wachtman Nee, el recordado ministro chino, solía repetir que la mano de Dios se mueve gracias a las oraciones, y anotaba que—con la oración—el creyente trabaja con el Señor.

En otras palabras: unimos nuestro pensamiento a la voluntad de Dios, de ahí que se produzca su respuesta eficaz a nuestras peticiones.

Él espera que clamemos. El Señor Jesús lo explicó de la siguiente manera: **“De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo” (Mateo 18:18).**

¿Qué ocurre? Que la oración libera poder. Y Dios responde desde la dimensión espiritual para afectar la dimensión material. Cuando oramos, no hacemos otra cosa que sujetarnos ala voluntad del Señor, y si es conforme Él lo quiere, obtenemos la respuesta.

No obstante, millares de cristianos enfrentan problemas y dificultades de todo orden y no se atreven a cambiar las circunstancias. Podrían hacerlo. Basta con que orasen. Pero no lo hacen.

No puede concebirse un creyente que no ore. Esa debe ser la característica que nos identifique. ¡Hoy es el día de meditar en ese precioso misterio y doblar rodilla en clamor delante de Dios!

o-----o-----o-----o-----o

Lección Décimo Primera

Orando en la voluntad del Señor

La oración ocupa un lugar relevante en la vida del cristiano y en particular, en la relación íntima con Dios. Si queremos que nuestro clamor sea eficaz debe estar en consonancia con la voluntad del Señor.

Es algo que compromete al creyente porque debe llevarlo a que se olvide de sí mismo para darle prelación al Señor de señores. De otra manera no podríamos orar como se debe.

Orar no es una oportunidad únicamente para pedirle cosas al amado Padre sino también para decirle: "Hágase en mí tu voluntad". Por supuesto, queremos muchas cosas y anhelaríamos que se hicieran conforme queremos, pero no está bien porque debe ser a la manera del Supremo Hacedor.

La perseverancia en la oración

Hemos concluido en primera instancia en el principio de que debemos orar buscando que nuestro clamor esté conectado con la voluntad de Dios, asegurando que tendremos respuesta.

Pero ahora sumemos otro elemento de mucha significación. La necesidad de perseverar en oración. El apóstol Pablo deja sentado este hecho cuando escribe a los creyentes de Éfeso: **"Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos..." (Efesios 6:17, 18).**

Podemos leer en las líneas algo trascendental: es imperativo que estemos en oración permanente, sin desmayar. El principio ya había sido enseñado por el Señor Jesús al referirse a la parábola de la viuda que pide justicia.

Con nuestras oraciones preparamos el camino para que Dios actúe. Lo hacemos bajo tres criterios esenciales:

- a.- Con la certeza de que Dios responderá.
- b.- Orando por las cosas y circunstancias, buscando que en todo momento la voluntad de Dios sea exaltada.
- c.- Con la disposición de permitir que Dios obre.

Es evidente que cuando oramos nos convertimos en colaboradores del Señor, de un lado porque permitimos que su voluntad se manifieste y de otro, porque afectamos desde el mundo material el nivel espiritual para que se produzcan hechos que humanamente resultan imposibles.

En las Escrituras leemos la enseñanza del apóstol Juan cuando señala: **"Y esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, Él nos oye" (1 Juan 5:14).** ¡Tenemos asegurada la respuesta!

Hay en medio de lo que hemos mencionado, otro aspecto sobre el cual es importante meditar; me refiero a la disposición que debe acompañarnos en la búsqueda del Padre. Siglos atrás la manifestó el salmista, quien escribió: **"Me anticipé al alba, y clamé; esperé en tu palabra. Se anticiparon mis ojos a las vigilias de la noche, para meditar en tus mandatos" (Salmo 119:147, 148. Cf. Salmo 5:3).**

Sus oraciones pueden ser dinámicas y eficaces. Basta que sepa cómo enfocarlas de manera tal que se dirija ante todo al Señor y busque que sea Él y no usted, glorificado.

o-----o-----o-----o-----o-----o

Lección Décimo Segunda

Las oraciones enfrentan oposición

Trasládese imaginariamente al lugar en el que, día y noche, observa a un hombre clamando. La habitación se encuentra alumbrada débilmente y –bien entrada la noche—el candil amenaza con apagarse.

Las horas transcurridas, inicialmente durante el día desarrollando su jornada, y en la noche, no son un obstáculo—pese a su cansancio físico—para seguir en clamor.

Sólo mucho tiempo después, aquél individuo recibe respuesta a sus oraciones. Usted se acerca para apreciarlo en medio de la semipenumbra y comprueba que se trata del profeta Daniel.

La historia la encontramos descrita en el capítulo 10 del libro de Daniel, versículos del 1 al 21. Le invito para que vaya con nosotros a la Biblia. Con fundamento en el pasaje descubriremos principios interesantes respecto a la oración y de qué manera enfrenta oposición en el mundo espiritual.

Oposiciones

En las Escrituras leemos un caso específico de oraciones que tuvieron una oposición directa de Satanás en la dimensión espiritual. Es lo que generalmente ocurre con nuestras las oraciones que dirigimos al Altísimo con el propósito cumplir su eterna y perfecta voluntad.

Inmediatamente las elevamos al trono de gracia, nuestro enemigo espiritual sale al paso para poner obstáculos, los cuales pueden provocar el que la respuesta experimente algún retraso. No obstante, el Padre celestial no solo nos oye, sino que nos responde.

Volvamos a la historia de Daniel. La Biblia revela que a los tres años de gobierno del rey Darío, de Persia, el profeta comenzó a clamar por conoce el mensaje que encerraba una visión que había recibido de parte del Supremo Hacedor (Versículo 1).

Inquieto por el asunto, estuvo en oración y ayuno por espacio de tres semanas, perseverando, sin desmayar (Versículos 2 y 3).

Él permaneció firme aun cuando pasaban los días y no hallaba respuesta a su requerimiento. Piense por un instante: ¿Le asiste la misma actitud perseverante que a Daniel? ¿Acaso es de aquellos que renuncian con facilidad a la petición que está haciendo delante del Creador? Observe cuidadosamente que la respuesta a sus oraciones se produjo veinticuatro días después (Versículo 4).

Un ángel se le apareció en una visión (Versículos 5 y 6). Aquello que le había inquietado, de pronto quedó al descubierto ante sus ojos. La experiencia fue tan intensa que el profeta se desvaneció y cayó bajo el poder de Dios (Versículo 9).

Secreto de una oración eficaz

¿Cuáles fueron los secretos que encerró la respuesta de Dios a la oración de Daniel? La Biblia nos presenta al menos dos características. La primera, porque se dispuso a entender las cosas de Dios; y la segunda, porque se humilló en ayuno.

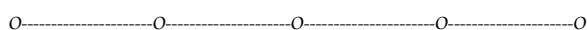
Millares de personas no van ante el Señor en una actitud humilde para pedirle algo, sino con arrogante. No hay disposición en sus corazones. Quienes obran así no pueden esperar que su clamor alcance el grado de eficacia que esperan.

Los dos elementos especiales que rodearon la actitud de Daniel al orar, se vieron reflejados en una respuesta inmediata de Dios. No obstante el ángel relató que aunque traía la revelación, no pudo avanzar más allá del territorio de Persia (Versículo 13). La oposición fue total. Sólo después que logró superar el obstáculo espiritual, pudo venir a la presencia de Daniel (Versículo 14, Cf. 1).

El enviado de Dios informó que le era menester regresar a luchar contra el príncipe de Persia (Versículo 20). No era tarea fácil porque el príncipe de Grecia llegaría a participar de la batalla, generando oposición (Versículo 20). Se trataba de fuerzas desplegadas en el ámbito espiritual para desatar oposición a las oraciones de Daniel y la respuesta de Dios.

¿Qué hacer si no encontramos pronta respuesta a nuestras oraciones? La respuesta la hallamos en el pasaje que acabamos de analizar. Debemos asumir: primero, una actitud perseverante en el clamor, y segundo, una espera confiada en el tiempo de Dios.

Jamás podemos olvidar que para vencer la oposición de nuestro enemigo Satanás, debemos orar, tanto como lo hacemos para que la voluntad de Dios se cumpla en nuestras vidas y circunstancias.



Lección Décimo Tercera

Cooperando con Dios mediante la oración

Dios creó el cielo y la tierra. Todo el universo. Sin embargo resulta interesante el hecho de que usted y yo entramos a cooperar con el Dios de la creación cada vez que doblamos las rodillas en oración.

Él quiere que nosotros trabajemos de su mano con nuestro clamor. ¿Cuándo lo hacemos? Cuando elevamos una rogativa para que se cumpla Su preciosísima voluntad.

Lo más frecuente es que nosotros deseamos que se lleve a cabo que queremos, porque conviene a nuestros intereses o porque consideramos que es lo más conveniente.

Cuando lo hacemos así es muy probable que estemos distantes de lo que el Señor realmente desea en su perfecto plan.

Las oraciones deben tener su origen en el Supremo Hacedor y procurar, cuando pedimos algo, que esté en el centro mismo de la voluntad del amado Padre.

Él desea hacer muchas cosas con los habitantes de la tierra, con la sociedad que nos rodea, con nuestros familiares y con usted y conmigo; sin embargo no obra porque su pueblo, del cual formamos parte, no clama como debiera.

Se cumple el propósito de Dios

Es importante recabar en un principio: cuando elevamos oraciones a Dios, estamos sumándonos al deseo de que se cumpla su eterna voluntad.

Él se mueve en respuesta a las rogativas de su pueblo. No obstante, y como lo podemos leer en textos como Ezequiel 36:37 —que le ruego busque en su Biblia—, el Señor cumple todo lo que tiene dispuesto desde siempre. Pese a ello está a la espera de que nosotros oremos por ese plan divino y su cumplimiento.

No olvide que las obras espirituales son decididas por Dios y deseadas por nosotros sus hijos, de tal manera que pedimos y si lo hacemos en consonancia con la voluntad divina, encontramos respuesta. Él se deleita en cumplir su plan a través de las oraciones de sus hijos.

Perseverar, la clave

Enfatizamos una vez más en la necesidad que tenemos de perseverar en oración. La perseverancia está ilustrada en el texto de Isaías 62:6, 7. En particular leemos una línea: “...**no reposéis, ni deis tregua...**”

Es menester que clamemos incesantemente, sin reposo. Recuerde siempre que hay tres voluntades que están inmersas en las oraciones: la primera es la voluntad de Dios; la segunda, nuestra voluntad y, la tercera, la de Satanás nuestro enemigo espiritual que no quiere que las dos primeras se realicen.

¿Cómo hacer entonces para que la voluntad de Dios se manifieste y veamos colmados nuestros anhelos? La respuesta es sencilla: orando en todo tiempo. Así lo leemos en la carta que Pablo dirigió a los creyentes de Éfeso: “**Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica**” (Efesios 6:18).

Hay dos elementos involucrados en esta instrucción del apóstol: la primera es que se debe clamar en todo tiempo y la segunda, que se debe suplicar con perseverancia.

Otro aspecto que debemos sumar es la especificidad de las oraciones. No está bien que clamemos de manera general sin especificar qué es lo que queremos. Es imperativo que tengamos en cuenta los detalles.

Seremos cooperadores en el propósito eterno de Dios cuando tengamos claro:

- a.- A quien estamos orando (a Dios).
- b.- Por quien estamos orando (por los hombres).
- c.- Contra quien estamos orando (contra Satanás, nuestro enemigo).

Lo animamos para que desarrolle su vida devocional orando a Dios constantemente, con perseverancia. ¡Pronto verá los resultados!

o-----o-----o-----o-----o

Lección Décimo Cuarta

Consistencia y persistencia claves de la oración

¿Qué provocaba el desánimo en alguien que pide por un milagro de Dios? ¿Acaso e hecho de que no recibe una respuesta oportuna? ¿O será más bien que su clamor no encuentra eco porque no perseveró? Sin duda este último factor es la raíz de muchas de las intercesiones sin respuesta.

En sinnúmero de ocasiones he escuchado a personas que literalmente abandonan su propósito de comprobar un hecho que modifica las circunstancias en su existencia, solamente porque sus peticiones no fueron respondidas con la rapidez que quisiera.

El asunto es que tales hermanos en la fe desconocieron dos elementos que son esenciales cuando oramos: la perseverancia y la consistencia.

Persista... simplemente, persista

Le invito para que leamos un pasaje algo extenso que arroja luces en torno a la importancia de ser perseverantes en el clamor:

“También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18:1-8)

Se trata de una ilustración sencilla pero con mucha fuerza que utilizó el amado Maestro y que encaja con el principio que debemos aplicar siempre en nuestras oraciones: la persistencia.

Tome nota de algo interesante: se trataba de una mujer humilde, viuda. Permítame aquí mencionar algo: Dios le escucha a usted también. Lo digo porque constantemente recibo peticiones de oración de personas que dicen: “El Señor lo escucha a usted”. Si bien es cierto el Padre celestial responde a nuestro clamor, igualmente responderá a su intercesión. No es algo que se da solamente a los pastores, obreros y líder sino para todas las personas que se acercan a Él en oración.

Un segundo elemento que comparto con usted, es que la mujer iba una y otra vez ante la presencia del juez. No se desanimaba porque la respuesta no era inmediata. Sencillamente clamaba una y otra vez por justicia.

Así deben ser nuestras oraciones delante del Creador: persistentes. Sin desmayar, sin desanimarnos. Ni más faltaba.

Pero hay algo más. Jesús el Cristo confirmó que recibiríamos atención a nuestras oraciones: ***“Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia.”***

Constituye un anuncio alentador para nuestra existencia porque nos revela que Dios nos oye en nuestros requerimientos; no estamos solos y lo más interesante es que el Padre celestial, de manera amorosa, está atento a cuanto le pedimos, si está en Su voluntad por supuesto.

Jesucristo perseveró

Las Escrituras nos revelan que el Señor Jesús clamó tres veces en una ocasión (Mateo 26:44). Era el Hijo de Dios, sin embargo puso en práctica el principio de la persistencia.

Imagine por un instante qué puede pensar el Señor de nosotros cuando en medio de nuestras diferentes peticiones le solicitamos algo y jamás volvemos a recabar en el asunto.

Él espera que nosotros perseveremos, no que renunciemos ante las primeras horas que transcurran sin que nada ocurra.

Un poco más adelante en el tiempo encontramos al apóstol Pablo aplicando el principio de la persistencia, tal como leemos en el texto de 2 Corintios 12:8.

Debemos insistir en la oración, de manera concienzuda, hasta ver la respuesta. No podemos creer que por clamar una vez necesariamente veremos los resultados, como si Dios fuera ante nosotros una especie de mandadero que está a la expectativa de órdenes nuestras. Es imperativo que perseveremos.

Identifique la prioridad de sus peticiones

Generalmente cuando estamos orando, presentamos delante del Señor muchas peticiones. Igual cuando estamos reunidos entre creyentes. Elevamos solicitudes al Padre, no una sino varias.

Reviste singular importancia que definamos cuál es nuestra prioridad en lo que hace a clamar e insistamos una y otra vez sobre el asunto en la presencia de Dios.

Ahora, la consistencia al orar estriba en permanece en nuestra petición hasta que se produzcan dos hechos: el primero, que se de una respuesta divina y la segunda, que nos sintamos liberados de la carga que teníamos para clamar.

No podría concluir la enseñanza de hoy sin mencionar que la oración en grupo es muy importante, aplicando claro está los principios de persistencia y consistencia (Mateo 18:19).

Fundamentos de la oración

Hay además tres elementos de la oración que no debemos ni podemos olvidar.

El primero es nuestra oración dirigida a Dios para que Él sea glorificado y venga a nosotros su reino. La segunda, la oración que elevamos por nuestras peticiones particulares, de terceras personas o de grupo. Y la tercera—y es importante aquí hacer un alto en el camino—es la oración de guerra espiritual, en la cual dirigimos nuestra arsenal—asidos de la mano del Señor—contra nuestro principal enemigo: Satanás.

No podemos olvidar que el diablo siempre está atacándonos. Él es el príncipe de este mundo (Juan 14:30) y lamentablemente, aunque no lo queremos, fruto de pecado del género humano, el mundo está bajo su gobierno (1 Juan 5:19).

No podemos cejar en nuestra batalla espiritual. Estamos llamados a vencer si estamos sometidos a Dios. Y nuestro blanco de ataques es Satanás cuyas obras, en oración, tenemos que deshacer.

o-----o-----o-----o-----o

- Lección Décimo Quinta - Batallamos en oración contra Satanás

A través de la televisión tuve oportunidad de apreciar la entrevista que le hicieron a un oficial militar peruano que había ingresado junto con sus hombres en territorio guerrillero. Desmantelaron un campamento. Los insurgentes se dieron a la huida.

--¿Cómo lo lograron?—interrogó el periodista.

--Con el convencimiento de que estamos librando una lucha constante, en la que lo importante es vencer...—le dijo el uniformado con un convencimiento que se reflejaba en sus palabras y hechos.

El apóstol Pedro advirtió a los creyentes del primer siglo y también a nosotros: **“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, cual león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.” (1 Pedro 5:8. RVR 200)** Aquí es importante anotar que Satanás está escrito en Griego como *Antídikos*. Se usa en el sentido de denotar que el “adversario” es un oponente en un juicio. Este podría ser el significado en Lucas 18:3 y 1 Pedro 5:8, aunque también cabría aplicarle el sentido genérico de “enemigo”, “opositor”.

Tome nota que no es alguien cualquiera sino un ser espiritual que se ha dado la tarea de crearnos problemas con un “odio enconado”, el cual no está dispuesto a dar tregua a menos que lo resistamos en oración.

Identifiquemos al enemigo

Los cristianos debemos tener conciencia plena que estamos inmersos en una guerra constante y que el opositor, Satanás, pretende llevarnos a la aflicción, al fracaso o aislarnos, dejándonos a un lado del camino. Esto lo hace para que perdamos terreno en nuestro andar cristiano.

Una ilustración clara que utilizamos en el capítulo anterior, es la parábola que encontramos en Lucas 18:1-8. Si bien es cierto hay un juez (injusto y en abierta oposición a Dios), y una viuda, también hay un opositor. De otra manera ella no habría tenido que ir ante aquél magistrado para que le hiciera justicia.

Es una clara imagen de lo que significa nuestro atacante. Lo hace con saña, de manera permanente y utilizando todos los medios a mano. De un lado propicia circunstancias adversas, pero también enloda las relaciones interpersonales y busca sembrar en la mente de los creyentes pensamientos de derrota para que no prosigan adelante, tomados de la mano del Señor Jesús.

El maestro describió las características que rodean a nuestro adversario: **“... Cuando habla mentira, habla de lo que él mismo es, porque es mentiroso y padre de mentira” (Juan 8:44 b. RVR 200)**

Siempre tenga presente que Satanás despliega su ataque contra quienes profesamos fe en el Señor Jesús. Es necesario que tomemos conciencia de la presión que despliega, lo identifiquemos y vamos a la batalla. Sólo de esta manera alcanzaremos la victoria.

Una victoria asegurada

La Palabra de Dios nos enseña que en la cruz el amado Señor Jesús obtuvo la victoria sobre las huestes de maldad: **“Y despojó a los principados y potestades, los exhibió en público, y triunfó sobre ellos en la cruz” (Colosenses 2:15. RVR 2000)**

Tomando este preciosísimo pasaje como referencia, tenemos claro que es posible ir al trono de gracia de Dios por la sangre de Cristo que nos limpió de todo pecado y además, porque estamos protegidos por el Supremo Hacedor.

Armados de fe, podemos librar la batalla. Pero nuestras oraciones no deben ser rápidas y carentes de profundidad, carácter superficial que identifica la intercesión de muchos cristianos. Algunos de ellos buscan su beneficio propio, sin tener en cuenta la voluntad del Señor y menos, glorificarle.

El lugar que ocupa la oración en la vida del cristiano, pone de manifiesto su avance hacia la madurez espiritual.

En Cristo, clamando, tenemos asegurada la victoria en la guerra que tenemos con Satanás. Las asechanzas de nuestro enemigo no tendrán éxito, porque además de que tiene poderes limitados, contamos con la protección del Señor y nada podrá hacer en contra nuestra.

Es hora de que se levante del estado de letargo en que se encuentra, resignado a enfrentar situaciones difíciles, y se pare en la línea contra Satanás. Recuerde que tiene la victoria asegurada.

○-----○-----○-----○-----○-----○

Lección Décimo Sexta Resistiendo al diablo en Oración

Recuerdo la reflexión que compartió alguien conmigo, muy elemental en apariencia pero profunda en su contenido. Me dijo: *“¿Has pensado Fernando qué ocurriría si pudiéramos deshacernos de la sombra? ¿No crees que muchos querrían hacerlo?”*

La traigo a colación porque la permanencia de la sombra es algo muy similar a lo que ocurre con el asedio de Satanás, a quien tenemos que resistirles firmes, en oración. Dios nos concede el poder para vencer.

¿Por qué debemos asumir esa actitud beligerante? Porque de acuerdo con las Escrituras, nuestro adversario despliega acciones en contra nuestra e incluso utiliza a personas para que nos hostiguen y formen problemas. El amado Hijo de Dios nos alentó a no temer lo que se presente: ***“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendrás tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.”*** (Apocalipsis 2:10)

Los ataques que muchas veces usted no se explica, provienen de la comunidad en la que se desenvuelve, de los amigos y de los familiares. Otras veces son las circunstancias que se tornan adversas y amenazan con robarnos la tranquilidad. Está en juego nuestra estabilidad como creyentes y en medio, el diablo, que no hace otra cosa que desencadenar dificultades y peligros.

Recuerde de qué manera hostigó a Job, afectando sus finanzas, destruyendo su familia y por último, causándole una enfermedad crónica. Con estos sucesos contrarios, buscaba afectar la fe de este justo, llevarlo a una encrucijada tal que pensara en volver atrás y, mucho más: que cayera en pecado.

No podemos ignorarlo

A Satanás no podemos ni debemos ignorarlo. Es malo por naturaleza. Lamentablemente hay quienes pasan por alto el hecho de que existe y es real. Por esa razón son víctimas recurrentes de sus ataques y se ven inmersos en el ojo del huracán. Sufren en mayor grado las consecuencias de una guerra constante para la que no están preparados.

Pues bien, es hora de desenmascarar el plan satánico e ir de frente en el propósito de destruirlo. Recuerde siempre que muchos de nuestros males no son causados por el hombre sino por el enemigo espiritual.

La Biblia lo pone al descubierto cuando declara: ***“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.”*** (Efesios 6:12)

Nuestra querella, como podrá apreciar, se desarrolla en gran medida en el ámbito espiritual más que en la dimensión material. Es evidente que Satanás tiene una organización de sus colaboradores de tal manera que tengan una cobertura global. Él no es omnisciente ni omnipresente, pero sí tiene una red de colaboradores—que son los demonios—quienes le mantienen informado. Es por esa razón que debemos reaccionar firmes, en oración.

No deje de hacer guerra

Cuando oramos a Dios, recibimos su atención, protección y poder. Por esa razón debemos adelantar la batalla contra el adversario, cortando de plano el que siga generando problemas.

No podemos desconocer que tenemos las condiciones para salir victoriosos **“...porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas...” (2 Corintios 10:4).**

Tenga presente que, quien nos venga del mal que hemos recibido, es Dios mismo. Nos defiende frente a los ataques satánicos. Basta que nos preparemos para el asalto, peleando en oración. No olvide que Satanás no se detiene **“... porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.” (1 Juan 3:8)**

¿Cómo vencemos? En oración porque al Padre para que libere su poder. No de otra manera se podría “atar al hombre fuerte” que es el diablo. **“Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá saquear su casa.” (Mateo 12:29)**

No cabe duda que logramos dar pasos firmes y en cierta medida agigantados cuando vamos a la batalla fortalecidos y en el poder de Dios, logrados en oración.

Un ejemplo de que es así como debemos actuar, amparados y teniendo delante al Padre celestial, lo ofrece el arcángel Miguel cuando, en batalla contra Satanás, le dijo: **“El Señor te reprenda”.**

El amado Señor Jesús nos enseñó en la oración del Padre nuestro, que le pidiéramos a Dios que nos librara de todo mal: **“Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.” (Mateo 6:13)**, y firmes con Él, reprender al adversario con firmeza diciéndole: **“... ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.” (Mateo 16:23)**

Recuerde siempre que en Jesucristo tenemos asegurada la victoria porque Él venció todo poder satánico, como leemos en la Biblia que Él triunfó **“...y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.” (Colosenses 2:15)**

El enemigo espiritual sabe que su tiempo es corto y que, tal como enseñan las Escrituras, será objeto de castigo: **“Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche.” (Apocalipsis 12:10)**

Su vida puede ser diferente si, tomado de la mano de Jesucristo, libra la batalla. Hágalo en oración. Descubrirá que los resultados son sorprendentes. Satanás tendrá que emprender la huida. ¡Él ya fue vencido por el Hijo de Dios en la cruz!

o-----o-----o-----o-----o

Conclusión

Cuide su vida de oración

Gracias al sacrificio del Señor Jesús en la cruz, usted y yo fuimos limpiados de nuestros pecados y tenemos acceso a la presencia de Dios a través de la oración. Antes ni siquiera se podía pensar. En el sistema levítico era necesario un sacrificio de sangre, es decir de un animal, y que mediara la participación del sacerdote. Hoy día, gracias a la misericordia del Padre celestial, no es así --.Hebreos 10:19-22; Romanos 5:2; Efesios 2:18 y 3:12.

Humanamente no sabemos cómo orar y clamar. Buscando llenar este aparente vacío y en procura de tener eficacia en el proceso de clamor, hay quienes han socializado métodos que pretenden rendir resultados satisfactorios.

Sin embargo, por mucho esfuerzo humano que haya de por medio, sólo somos escuchados por nuestro amado Creador por su infinita misericordia y quien nos ayuda a hacer las oraciones como debiera es el propio Espíritu Santo--.Romanos 8:26, 27.

Satanás por su parte, dominado por el afán de estorbar nuestra vida espiritual, nos ataca en varias áreas con el fin de que no remos al Supremo Hacedor. Mencionaré sólo algunas de ellas:

- 1.- Satanás pone tropiezo en nuestra confianza en el Señor. Nos hace sentir indignos de ir la presencia de Dios.
- 2.- Satanás pone tropiezo en nuestro estado físico. Busca provocarnos cansancio, pereza e indisposición para orar.
- 3.- Satanás busca poner tropiezo al tiempo de oración, llevándonos a pensar que mañana o en otra ocasión podremos clamar. "*Estoy muy agotado*", dicen muchos.
- 4.- Satanás busca poner tropiezo a nuestra integridad moral. Nos hace sentir que no vale la pena ir a la presencia divina en oración porque nuestro estado moral es el más deplorable.

¿Le ha ocurrido algo así? Es hora de que se levante en victoria y reconozca que como hijo de Dios, redimido por la sangre de Cristo, tiene acceso libre al trono de gracia del Señor.

¡Es tiempo de orar!

Los cristianos, como soldados de Jesús, debemos ponernos en pie, firmes, dispuestos a librar la batalla contra Satanás y sus asechanzas. Y no hay mejor herramienta que la oración.

Recuerde que en esencia hay dos clases: la oración personal y la oración colectiva (Mateo 18:19, 20). En cualquiera de las dos variables debemos mantener comunicación con el Señor y rendirle a Él todas las áreas de nuestra existencia (Filipenses 4:6).

Cuando nos elevamos en a dimensión espiritual, al clamor, debemos poner en su presencia todo lo que necesitamos, sabiendo de antemano que Dios nos da mucho más de lo que necesitamos (Santiago 1:5, 6; 4:2, 3).

Tenga presente hoy y en todo momento que ¡Es tiempo de orar!

Concluimos las lecciones

Ocurre siempre que escribo las últimas líneas de una publicación: me asalta una profunda nostalgia. Es como si perdiera de vista a uno de mis hijos. La misma sensación que se tiene cuando vas al aeropuerto a despedir a un ser querido que parte a otro país y no saber cuándo lo volverás a ver.

Ustedes lo comprenderán. Esta material ahora no es mío ni de René Mondejar, mi editor en línea. Ahora es de ustedes, el pueblo de Dios. Nuestro sincero deseo es que se utilice conforme consideren oportuno, en la tarea de preparar a los creyentes para que avancen en el proceso de crecimiento personal y espiritual.

Nos aprestamos a preparar el segundo Manual sobre oración, porque considero que hasta el momento sólo hemos publicado lo básico. Debemos abordar elementos tan importantes como la guerra espiritual y cómo prepararnos.

Esperamos que nos hagan llegar sus inquietudes y sugerencias, en procura de que sigamos avanzando con esta tarea que motiva al **Ministerio de Evangelismo y Misiones “Heraldos de la Palabra”**: predicar el evangelio transformador de Jesucristo...

© Fernando Alexis Jiménez